

# LE BARUFFE CHIOZZOTTE

(1992)

Por Giorgio Strehler

**E**l 6 de febrero de 1.793 se extinguía en París la existencia de Carlo Goldoni. Había abandonado Venecia, adonde ya nunca volvió, en la primavera de 1.762. Así pues, en 1.993 se conmemora el bicentenario de la muerte del mayor comediógrafo y hombre de escena de Italia que es también uno de los mayores de la Europa moderna. La representación de sus *baruffe chiozzotte* en Sevilla como espectáculo de la clausura de la Exposición Universal 1.992 es también, por lo tanto, un hecho simbólico, dando lugar a una reflexión no sólo celebratoria sino también crítica, amorosa y grata que el teatro europeo debería realizar sobre la vida, las obras y la historia de Goldoni, y lo que representan para el teatro de Europa. Este hombre, esta criatura que vivió profundamente el teatro de su tiempo, en los umbrales de la Revolución Francesa, y que escribió ciento cincuenta comedias, entre las cuales podemos destacar con certeza al menos veinte como obras maestras del arte dramático, y casi todas ellas imbuídas de un extraordinario presentimiento del fin de una época y del emocionante anuncio de otra nueva, es un personaje conocido y, al mismo tiempo y por tantos aspectos, todavía desconocido para la mayoría, incluso en Italia. ¿Qué mejor ocasión, pues, que ésta, para representarlo en los escenarios de las diversas naciones europeas y a la vez para reunirse para hablar de él y de sus grandes lecciones humanas y teatrales? Por esto, yo espero que la nueva edición de las *baruffe chiozzotte* sea solamente el prólogo y el estímulo para el acercamiento de las gentes del teatro europeo al teatro de Goldoni, para comunicarlo a los públicos más diversos. Éstos experimentarán siempre emociones y extraerán conocimientos sobre el alma humana, y recibirán siempre gestos amorosos, afectuosos, pues Goldoni es un ser siempre amoroso y afectuoso, aunque pueda ser a veces duramente crítico.

Deseo recordar aquí las palabras del gran comediógrafo Leandro Fernández de Moratín, quien lo recuerda con emoción:

"Buen Goldoni, viejo, amable, respetable, alegre, cortés. Me habló de la ingrata patria, que lo obligaba a vivir ausente de ella, atenido a una pensión que le da esta Corte; y al recordarlo se le bañaron los ojos en lágrimas".

Esto escribió en abril de 1.787. Y Goldoni, en aquel momento era verdaderamente viejo, tan viejo como siempre fue de amable, respetable y cortés. Este último es un adjetivo que a Goldoni le habría encantado, y que él mismo había utilizado con frecuencia, en su dialecto: *cortesan*. Pero aunque sí cortés, nunca fue cortesano. Pues, ¿cómo podría un cortesano haber escrito una comedia tan áspera, tan valerosa, tan única en su reflejo atento del pueblo de su ciudad y de su tiempo como lo es *Le Baruffe Chiozzotte*? En ella se describe la inconstancia de los comportamientos humanos en

movimiento, su realidad histórica expresada en "caracteres" vivos y diversos, con todas sus debilidades pero -y es Goldoni quien lo dice- "permítaseme también decirlo, con todas sus virtudes".

Con una historia simple, real, posible, concreta, desarrollada en una rigurosa unidad de tiempo (una jornada de principios de otoño), y en una por demás evidente unidad de lugar (la ciudad de Chioggia, ciudad de pescadores del Adriático habitada por "cuarenta mil almas", de las cuales "treinta mil" son mujeres), Goldoni nos presenta las relaciones entre seres vivientes, entendidos desde su interioridad. Una historia de amor básicamente, de amor y de todos los contrastes, las dificultades y aún la ambigüedad que el amor trae consigo, y que configura, traspasando los límites de su tiempo, una interrogación sobre la condición y el destino de los "humildes", que no tienen ninguna -o tienen muy poca- cultura y viven trabajando duramente pero que conocen algunas de las leyes fundamentales del corazón y la bondad de la profunda unidad de su comunidad. Sobre todo, que no conocen el odio ni el atropello del prójimo. En esta comedia de "peleas", de choques, en esta comedia agresiva y a ratos violenta, no se hace nada por juego, por comodidad dramática o por afán de mover a risa. Todo, incluso lo más cómico, ocurre siempre "en serio". Pero, eso sí, nada se hace nunca para causar mal.

El Mal es el gran desconocido de las *Baruffe Chiozzotte*, aunque no se desconozca las dificultades que entraña vivir y vivir en comunidad, con otros y con uno mismo.

Goethe entendió todo esto y más, cuando en su viaje a Italia tuvo la fortuna de asistir a su representación en Venecia. En su capacidad de comprensión tan universal y tan directa al corazón de las cosas, él recogió inmediatamente su verdad, más allá de la dificultad de la lengua que no es sólo el dialecto veneciano, sino algo diferente, una sub-lengua, el dialecto chiozzotto, dialecto portuario con su cadencia dulcemente y ásperamente mediterránea. El reconoció inmediatamente sus líneas extraordinarias.

"¡También yo puedo decir que he visto finalmente una comedia! Han representado hoy en el Teatro San Luca las *Baruffe chiozzotte*. Los personajes, toda gente de mar, habitantes del lugar con las respectivas esposas, hermanas e hijas. El habitual jaleo de esta gente en los momentos de alegría, como en la ira, sus chismes, su vivacidad, su bondad, su vulgaridad, la argucia, el buen humor y la libertad de los comportamientos. Todo singularmente representado. He asistido a la representación con inmenso placer. Pero el acierto más feliz -para mí- está expresado por un viejo marinero del cual son estas las características. Se trata de un viejo marinero cuyo físico, más especialmente sus órganos vocales, se han como atrofiado por una vida de privaciones, desde la juventud; él aparece

como en un neto contraste con aquella gente movediza, habladora y rumorosa; él comienza siempre un poco rezagado con el mover de los labios y con el agitar de las manos y los brazos, hasta que todo aquello que tiene en la cabeza le sale fuera. Pero no pudiéndose expresar si no en términos abreviados, termina adoptando una especie de lacónica gravedad que da, a todo aquello que dice, una importancia como de proverbio o de sentencia, por la cual la acción impetuosa y apasionada de los demás se mantiene en un maravilloso equilibrio. Este trabajo está escrito por una mano maestra, por un artista que vive directamente en medio de su pueblo".

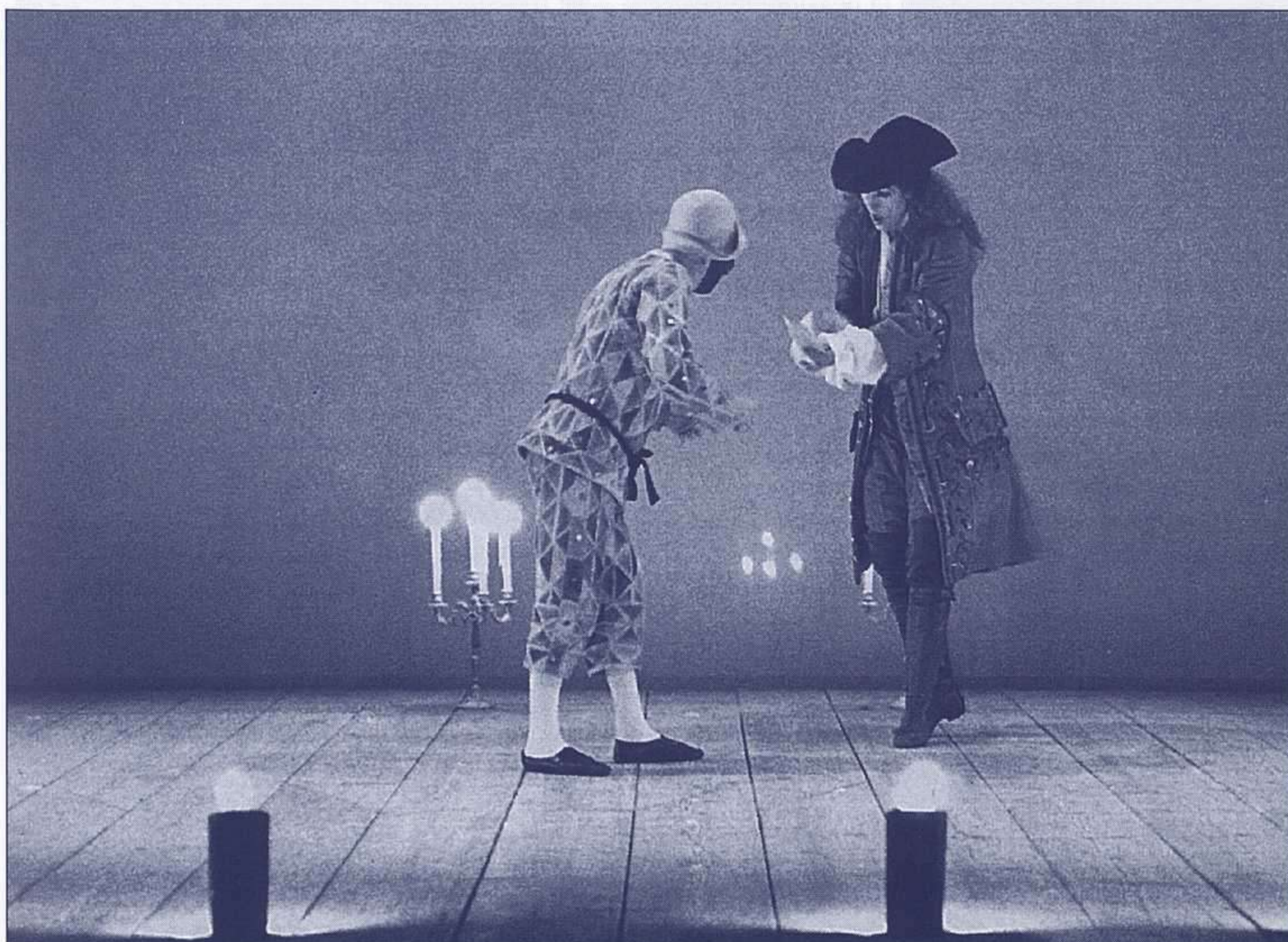
El Conde Carlo Gozzi, el Solitario, el Grande Enemigo de un teatro humano y por lo tanto de Goldoni, está servido. De aquel que escribió con su *Fausto* una de las obras maestras de la Humanidad. Cuando nos aproximamos al texto por primera vez en 1.964 -casi en el bicentenario del nacimiento de esta comedia, representada por primera vez en Venecia durante los carnavales de 1.762- hallamos la necesidad de realizar una tarea crítica casi en tierra desconocida, pero sobre todo nos hallamos ante un descubrimiento que nos conmocionó. Nos dijimos que "quizás" habíamos visto en la comedia lo que queríamos que hubiera en ella, que habíamos ido "un poco lejos" con una sobrevaloración cariñosa de una verdadera obra maestra pero que en el fondo se consideraba como un contrapunto musical, un juego de palabras, una acumulación de movimientos, un divertimento populachero.

Ahora bien, con treinta años de por medio, recorriendo de nuevo la aventura de esta obra, nada hemos hallado de populachero o folklórico en las *Baruffe*. Porque el pueblo -justo como dijo Brecht- nunca es populachero. El pueblo, como en las *Baruffe Chiozzotte*, simplemente es. Así pues, hoy estamos mucho más seguros de aquel valor que creímos encontrar en aquellos tiempos ya lejanos. En esta sociedad de desamor, de la in-

capacidad para amar, de creer aún en algo -por ejemplo, en la bondad fundamental del ser humano, con todas sus contradicciones y sus afanes, o en una felicidad posible, aunque sólo dure una hora-, las *Baruffe Chiozzotte* nos han infundido coraje y nos han reafirmado en la convicción de que existe la ternura humana. Así la risa ha ocupado el puesto de la angustia, la risa y la sonrisa hacia las criaturas de la tierra, incluso hacia las más pobres, las desheredadas. Nos han hecho tocar un jirón de la verdad humana. Pero incluso nosotros hemos quedado, a pesar de todo, excluidos hasta cierto punto. Al igual que el personaje del Corregidor, que es Goldoni a sus veintiún años, que observa y participa pero querría participar más, y la Historia no se lo permite. Él no puede "bailar" con los personajes de las *Baruffe* en fiestas porque "estos señores con peluca no está bien que se junten con nosotros los pescadores".

Por eso la lección de las *Baruffe* tiene quizás también algo de trágico, porque toca el problema de la relación de las realidades históricas de cada uno de nosotros hacia los otros y no puede resolverlo, ya que nosotros mismos no hemos sabido resolverlo aún, no sabemos cómo resolver este problema de la convivencia de los hombre entre sí. En suma, con su incandescencia poética que convierte todo en realidad y que supera a ésta continuamente, las *Baruffe Chiozzotte* son una metáfora del mundo. La metáfora que sólo la gran poesía, dramática o no, puede alcanzar y ofrecernos. Basta con que dejemos correr el flujo de la vitalidad encerrada en el texto de Goldoni: amable, respetable, cortés, pero sobre todo sincero y auténtico, y atento a las maravillas de la vida. Basta que nos dejemos llevar de la mano para asistir al espectáculo de una pequeña gran parte de la vida humana en el mundo.

Observemos esta vida con el abandono de los sentimientos, incluso más allá de las palabras. Sintamos cómo late; y al verla y escucharla sobre el alto escenario del Teatro del Mundo, escucharemos y veremos lo más profundo de nosotros, para sentirnos más vivos y más fraternos.



"Arlecchino servitore di due padroni".

Dirección: Giorgio Strehler. (1987).

Piccolo Teatro de Milán. (Foto: Bellamy)